



EMMO. Y RVDMO. SR. CARDENAL
PHILIPPE BARBARIN,
ARZOBISPO DE LYON Y PRIMADO DE FRANCIA

PUEBLO Y MINISTERIO SACERDOTAL

Encuentro con los sacerdotes de la Provincia eclesiástica de Zaragoza

«El sacerdocio, decía el Cura de Ars, es el amor del corazón de Jesús». Esa fórmula, tan sencilla y rica es muy conocida¹, y se puede entender de dos maneras (objetiva y subjetiva), o bien: «un sacerdote tiene que amar el corazón de Jesús», o «el sacerdocio es el amor del corazón de Jesús que viene a derramarse sobre el mundo». Como decía el papa Benedicto XVI, al inicio de este año sacerdotal: «Cómo no acordarnos con emoción que nuestro ministerio sacerdotal brotó directamente de este corazón»².

La vida del cura de Ars nos da un ejemplo maravilloso para contemplar esta frase en su primer sentido. San Juan María Vianney proclama constantemente su amor de Dios³ y de la persona de Jesús, se identifica con su Señor y quiere unirse a él para toda la vida. Pero también se ve claramente que el segundo sentido (el amor de Dios que desciende sobre el mundo por medio de la ofrenda del corazón de Jesús) es la idea que desarrolla más frecuentemente en sus homilías y escritos.

Quisiera meditar ante ustedes, hermanos, este misterio de amor ayudándome de estas palabras del que nos da el santo Padre como patrono de todos los sacerdotes del mundo. Empezaré con algunos puntos conocidos, sacados de la Sagrada Escritura y de la tradición patristica **(1)**, antes de considerar las enseñanzas del concilio Vaticano II **(2)** y de presentar, por fin, el sacerdocio en sus dos dimensiones, ascendente y descendente **(3)**, sirviéndome de

¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1589.

² Homilía de Benedicto XVI, para la inauguración del año sacerdotal, 19 junio 2009, Solemnidad del Sagrado Corazón.

³ Cf. la oración conocida: “Te amo, Oh mi Dios. Mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida. Te amo, Oh infinitamente amoroso Dios, y prefiero morir amándote que vivir un instante sin Ti. Te amo, oh mi Dios, y mi único temor es ir al infierno porque ahí nunca tendría la dulce consolación de tu amor, Oh mi Dios, si mi lengua no puede decir cada instante que te amo, por lo menos quiero que mi corazón lo repita cada vez que respiro. Ah, dame la gracia de sufrir mientras que te amo, y de amarte mientras que sufro, y el día que me muera no solo amarte pero sentir que te amo. Te suplico que mientras más cerca estés de mi hora final aumentes y perfecciones mi amor por Ti. Amén”.

dos palabras significativas del Nuevo Testamento, en griego *homología* y *eudokía*, que se pueden traducir, la primera, por confesión y la segunda – es más difícil – por bondad o benevolencia.

En el trasfondo, se encuentra la cuestión, presente en la Iglesia desde el principio, pero con más fuerza desde hace unos cincuenta años y después del Concilio Vaticano II, de la diferencia entre el sacerdocio común y el ministerio sacerdotal⁴. Este problema se ha agudizado particularmente con la aparición de responsabilidades (llamadas a veces «ministerios») confiadas a seglares⁵, con la ordenación de diáconos permanentes (expresión que no me gusta mucho porque los sacerdotes no deben olvidar que siguen siendo también diáconos de manera permanente), y asimismo con la disminución, bastante dolorosa en Francia, del número de las ordenaciones presbiterales.

En el Prefacio de la Misa crismal, leemos (en una traducción que me gusta más en español que en francés): «Él no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, ha elegido a hombres de este pueblo, para que por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención y preparan a tus hijos el banquete pascual donde el pueblo santo se reúne en tu amor, se alimenta con tu palabra y se fortalece con los sacramentos».

1 – Elementos procedentes de la Sagrada Escritura y de los Padres.

En el Primer Testamento no hay ninguna relación entre el sacerdote y el pastor. Aarón y sus hijos sean sacerdotes «*para mí*», dice el Señor⁶. Moisés, David y los pastores guardan el pueblo y se quedan cerca de él. Deben ir a buscar las ovejas, atenderlas y curarlas⁷. En el Nuevo Testamento, Cristo es el único gran sacerdote de la alianza nueva⁸ y todo el pueblo es sacerdotal, puesto que somos piedras vivas que nos hemos «*acercado*» a la piedra viva elegida, preciosa, cerca de Dios⁹.

En Cristo, las líneas pastoral y sacerdotal se mezclan. Él es el pastor¹⁰, el *archipoimèn*¹¹, archipastor al mismo tiempo que el *archiéreus* que lleva la «confesión»¹² de nuestros pecados como el sumo sacerdote lo hacía para el pueblo, el día de *yom kippur*. Es un sumo sacerdote «para los hombres» y no solamente para Dios. Contrariamente al sumo sacerdote que, en el Antiguo Testamento, debía estar separado del mundo profano y pertenecía al ámbito de lo sagrado, Cristo ha vivido siempre una vida semejante a la de sus hermanos, los hombres, en una lógica de comunión¹³. El sacerdocio del Nuevo Testamento es un sacerdocio para los hombres.

⁴ Esta cuestión de la diferencia entre los apóstoles y los demás discípulos se puede ver ya presente en el Evangelio, por ejemplo cuando Pedro pregunta al Señor: «*Dices esta parábola para nosotros o para todos ?*». Y la respuesta del Señor es que la vocación común de todos es el servicio: «*Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre ocupado de esta manera*» (Lc 12, 41-43).

⁵ En 1953, el P. Congar publica *Jalons pour une théologie du laïcat*, Cerf, col. *Unam Sanctam* n° 23, 683p.

⁶ ἵ Ex 28,1; en Nm, el sacerdote ha sido puesto a parte para el servicio de Dios; tiene misión de guardar la santidad del pueblo y de reprimir con severidad a los pecadores.

⁷ Cf. Jer 3, 15; Zac 11, 4-17 o todo el capítulo 34 de Ezequiel.

⁸ Heb 9, 11; 10, 21.

⁹ 1 P 2, 4-9

¹⁰ Jn 10, 14.

¹¹ 1 P 5, 4.

¹² En griego, *homología* (Heb 3, 1).

¹³ Heb 5, 5-9.

Mientras que en el Primer Testamento y en el tiempo de Jesús, se distinguían los sacerdotes que celebraban el culto y los escribas que servían la Palabra, el Señor, inaugurando un nuevo sacerdocio, asume esas dos funciones en una sola actitud interior. Como sacerdote, está a la vez «acreditado»¹⁴ ante Dios, para ofrecer el sacrificio de nuestra salvación, y “acreditado” por Dios delante de los hombres, cuando les enseña la Palabra. En muchas páginas, el Evangelio señala cómo la gente, escuchándole, se daba cuenta de la presencia de Dios en Él. “*Estaban pasmados de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas*” (Mc 1, 22), o “*todo el pueblo lo oía pendiente de sus labios*” (Lc 19, 48). Y después de la resurrección del hijo de la viuda en Naín: “*El miedo se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros”. Y “Dios visitó a su pueblo”*” (Lc 7, 16). Él mismo no teme afirmar su autoridad¹⁵ diciendo al final del difícil discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, que acabamos de leer estos días: “*Las palabras que yo os he dicho son Espíritu y son vida*” (Jn 6, 63).

Vemos también que está lleno de una misericordia sin límite para sus semejantes. No sólo no condena, sino que cuando se presenta delante de Dios, es “acreditado” para obtener el perdón de todos nuestros pecados. Podemos constatar la autoridad suprema de Jesús en su Pasión, fuente inagotable de su misericordia, y en su glorificación.

El ministerio nuevo tiene que ser a la vez sacerdotal y pastoral. Así es como podrá realizar la comunión.

En el Nuevo Testamento no se le llama a ningún ministro «sacerdote» (*hiéreus*). Vemos *presbyteroi*¹⁶, *episkopoi*¹⁷ que tienen el cargo de «pastores de la Iglesia de Dios». Pablo saluda a los Filipenses y a sus *episkopoi kai diakonoi*¹⁸... Todo esto ha sido objeto de numerosos estudios.

En el período patrístico, los dos lenguajes se reúnen, de manera que se puede hablar de la condición sacerdotal de los presbíteros. Propongo que echemos un vistazo a la *Tradición apostólica* de Hipólito de Roma y al *De Sacerdotio* de San Juan Crisóstomo. Hipólito utiliza cinco veces la palabra *presbyterium* y explica que las vírgenes, las viudas y los lectores no son ordenados, que no se impone las manos al subdiácono. Es el primero que describe las ordenaciones del obispo, del presbítero y del diácono.

Juan Crisóstomo titula su tratado sobre el presbítero *De Sacerdotio (Peri hiérôsunès)*. Pero el fundamento de su reflexión es pastoral. Saca las raíces de su obra del diálogo entre Jesús y Pedro: «*Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos?*»¹⁹. Y la función que el Señor le va a confiar es esencialmente pastoral. Cristo no pide al sacerdote proezas de orden ascético o místico, sino que le dice sencillamente: «*Apacienta mis ovejas*»²⁰.

¹⁴ Muchas veces, se traduce la palabra griega *pistos* por «fiel», pero significa más bien, me parece, acreditado. Ver por ejemplo Heb 2, 17 y 3, 2, o la segunda lectura de la Misa crismal (Ap 1, 5), cuya traducción falta también de precisión: «el Testigo fiel».

¹⁵ «*Hombre que tiene autoridad*», Mt 7, 29; cf. Moisés en Nm 12, 7.

¹⁶ 1 Tm, 5, 17.

¹⁷ Hch 20, 28.

¹⁸ Fil 1, 1.

¹⁹ Jn 21, 15.

²⁰ *De Sacerdotio* II, 1-5; Cerf, Sources chrétiennes n° 272, 1980, pp. 100 ss, «El Señor ha dicho que el celo mostrado a las ovejas es una prueba del amor que tenemos por Él » (p. 119).

En la época patristica existen muchos textos que explican el sacerdocio común, por ejemplo el de mañana, en el breviario, para el oficio de las lecturas, donde san Pedro Crisólogo, comentando Rom 12,1, dice: «El Apóstol, con esa petición permite a todos los hombres llegar a la cumbre del sacerdocio: *ofrecer vuestros cuerpos como un sacrificio viviente*. ¡Qué función sin precedente, la del sacerdocio cristiano! El hombre es a la vez la víctima y el sacerdote; el hombre no tiene que buscar fuera lo que tiene que inmolar a Dios. Trae consigo y en sí mismo lo que debe ofrecer a Dios en sacrificio²¹.»

2 – Vaticano II y sus consecuencias.

En el Concilio Vaticano II los textos esenciales sobre este punto se encuentran en *Lumen Gentium* (L.G.), 10 y 28 y en *Presbyterorum ordinis* (P.O.), 2 y 8. En P.O., el uso de la palabra presbítero en plural, el vínculo creado por el sacramento de la ordenación entre la fraternidad de los presbíteros y su obispo (n. 8), el equilibrio entre el lenguaje sacerdotal y el lenguaje presbiteral son puntos esenciales y constituyen una síntesis del conjunto de la tradición teológica católica. Sin embargo, algunos quisieron separar radicalmente el ministerio presbiteral del sacerdocio²².

Vino después el Sínodo de 1971 que no siguió la misma línea. Su título era precisamente el «ministerio sacerdotal». Al año siguiente, Pablo VI, con el *Motu proprio Ministeria quaedam* (MQ, del 15 de agosto del 72), suprimió las órdenes menores e instituyó los ministerios de lector y acólito. Con *Evangelii nuntiandi* dio una enseñanza acerca de este tema (en el n° 73) al hablar de los «Ministerios diversificados». «Los seculares pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar al servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de aquella, ejerciendo ministerios muy diversificados, según la gracia y los carismas que el Señor les quiera dar». El Papa se alegra de constatar en la Iglesia una «apertura a la reflexión en primer lugar, y después a los ministerios eclesiales capaces de dar juventud y fuerza al dinamismo evangelizador. (...) Junto a los ministerios ordenados, gracias a los cuales algunos asumen la posición de pastores y se consagran de manera particular al servicio de la comunidad, la Iglesia reconoce el lugar de los ministerios no ordenados, pero aptos para asegurar un servicio especial en la Iglesia».

En la continuidad de MQ, el *Código* de 1983 sólo utiliza la palabra ministerio en relación con los laicos para referirse a los lectores y a los acólitos (canon 230,1). Para el resto, habla de «función».

En la vida de la Iglesia, la palabra ministerio adquiere una dimensión cada vez mayor. Podríamos hacer la analogía con la utilización del término sacramento, cuando *Lumen Gentium* dice de la Iglesia que es un «quasi sacramento» e incluso un sacramento, cuando E. Schillebeeckx titula uno de sus libros “*Cristo, sacramento del encuentro de Dios*” o cuando Hans-Urs von Balthasar emplea la expresión “sacramento del hermano”.

Los obispos de Francia, en el curso de su asamblea de 1975, lanzan la expresión: «Una Iglesia enteramente ministerial». Juan Pablo II habla del “ministerio de evangelización y de

²¹ Martes de la IVª semana de Pascua, Homilía sobre el sacrificio espiritual, 108 (Migne, P.L. 52, 320-322)

²² Por ejemplo, en el artículo «Sacerdoce» de la Enciclopedia *Catholicisme* (T.XIII, 245-260), el autor decide no hablar de los presbíteros: «Si es mejor hablar de ministerios ordenados, el sacerdocio viene a ser una expresión reservada en teología católica sólo al sacerdocio común de los fieles» (col. 256).

catequesis” de los padres, en las familias²³. En la *Carta sobre los agentes sanitarios*, una larga introducción los presenta como “Ministros de la vida”²⁴. En Lyon, la reflexión sobre los ministerios nuevos se desarrolla durante los mismos años, en la línea de *Evangelii nuntiandi*²⁵.

En la exhortación *Christifideles laici* (1988), Juan Pablo II explica que los Padres del Sínodo del 87 pidieron una revisión de *Ministeria quaedam*. “Se ha constituido una comisión especial, escribe en el §23, para responder no sólo a ese deseo, sino también y sobre todo para estudiar en profundidad los diversos problemas teológicos, litúrgicos, jurídicos y pastorales planteados por la abundante proliferación actual de los ministerios confiados a los fieles laicos”.

En la visita *ad limina* de nuestra provincia, en 2004, y después a principios de 2007, pregunté a los Prefectos sucesivos de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre este asunto y me respondieron que el trabajo de esta comisión apenas avanzaba. El cardenal Levada me remitió a la “*Instrucción sobre algunas cuestiones relativas a la colaboración de los fieles laicos con el sagrado ministerio de los sacerdotes*”²⁶. Trata de precisar la terminología utilizada. El término “ministerio” puede expresar la obra por la que los miembros de la Iglesia prolongan «la misión y el ministerio de Cristo»; pero si se refiere a las cargas y los oficios, hay que vincularlo al sacramento del orden. Conviene tener cuidado y conservar la palabra pastor para los sacerdotes y los obispos²⁷.

3 – Sacerdocio ascendente y descendente. *Homología y eudokía*.

¿Cuál es entonces ésta “diferencia esencial y no sólo gradual”, de la cual habla el Concilio para distinguir el sacerdocio común del sacerdocio ministerial²⁸? La ha expresado la tradición de la Iglesia con la fórmula *in persona Christi (capitis)*, que el Concilio sigue utilizando. Así, escribe a propósito de los presbíteros: «Su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo en el culto o asamblea eucarística, donde obrando en nombre de Cristo (*in persona Christi agentes*), y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor (1 Cor 11, 26)»²⁹. Para decir lo mismo con otras palabras, el Papa Juan Pablo II ha presentado varias veces a los sacerdotes como iconos (presencia) de Cristo en medio del «pueblo santo».

²³ *Familiaris consortio*, 1981, 53.

²⁴ Consejo Pontificio para la Salud, 1995.

²⁵ En nuestra revista diocesana, *Eglise à Lyon* (1987, n° 20, pp. 397 a 409), «el equipo de los ministerios nuevos» publica un texto titulado: «*Sobre los ministerios nuevos: para qué, para quien?*». Se puede ver que los permanentes pastorales se sitúan de manera diferente en relación con la cuestión del ministerio: «Las formas en que los cristianos se presentan ante las cargas eclesiales o aceptan la llamada a las mismas son diversas, al igual que son variados sus proyectos de servicio en la extensión y en la duración. Así, entre los permanentes pastorales, unos son conscientes de ejercer un ministerio, otros no, y algunos no se han planteado nunca la cuestión. Es importante que en esta diversidad se manifieste una amplia “llamada al ministerio” y que el mayor número de permanentes pastorales tenga una “conciencia ministerial”». Desde esta óptica, en febrero del año 2000, nuestra Comisión teológica redactó un documento titulado «*Espiritualidad ministerial para hoy*». Se compone de seis párrafos; partiendo de Cristo y de la comunidad diocesana, tiene como objetivo ayudar a los laicos en misión eclesial a vivir como servidores el ministerio que les es confiado.

²⁶ Congregación para el Clero, 15 agosto 1997.

²⁷ Art 1, §§ 2 et 3.

²⁸ *LG* 10, 2.

²⁹ *LG* 28, 1.

Una imagen que me atrevo a utilizar es la de la comparación entre un «sacerdocio ascendente» (ofrecer el sacrificio) y un «sacerdocio descendente» (compartir el amor de Dios en el mundo), uniendo el primero a la palabra bíblica de *homología* y el segundo a la de *eudokía*.

En el Primer Testamento, el sacerdote hacía subir ante Dios el sacrificio del pueblo para obtener el perdón de los pecados. Pero este sacerdocio ascendente comportaba actitudes espirituales falsas, mentiras y pecados que los profetas, sobre todo Oseas (cf 4, 12-14) y Amós (cf 5, 21-25), han denunciado fuertemente.

Herederero del Antiguo Testamento, Jesús, el único sacerdote de la Nueva Alianza, presenta a Dios un sacrificio que no es de ovejas o bueyes, sino de toda su persona, de su ser interior: «*Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros*». Toda su vida es una ofrenda, un «sacrificio de alabanza» según la expresión del Canon romano³⁰. Para definir teológicamente y describir espiritualmente el sacrificio, para los judíos tal como para nosotros, si se trata de la Eucaristía, la palabra más justa, me parece, es la ofrenda, el acto de ofrecer.

Lo que ha hecho Cristo, lo hace *in persona Christi* el sacerdote que celebra la Misa. Pero lo tienen que vivir también todos los que participan en esta Misa, cada uno según su vocación propia. «El cuerpo entregado», es una fórmula maravillosa para describir el matrimonio, y me imagino la fuerza que tiene para el marido y la mujer que participan juntos en la Misa. También pensamos en los jóvenes que, oyendo las palabras de la consagración, se dan cuenta del combate que representa para ellos el hecho de guardar y preparar su cuerpo para entregarse en el matrimonio, sacramento de la alianza.

Saben los fieles que el sacerdote que está delante de ellos, eligiendo el camino del celibato consagrado, precisamente ha ofrecido su vida y su cuerpo al Señor para ellos y para todos a los que tendrá que servir durante su vida. Seguro que él mismo, mientras celebra el sacrificio del Señor, ofrece también su vida y su cuerpo, en un movimiento espiritual interior. Pues, cuando vive su sacerdocio ministerial, el sacerdote no deja de vivir el sacerdocio común de todos los fieles. A veces, durante la Misa pienso en una mujer que, en la asamblea, esté embarazada. Quizá dice al niño que lleva en sus entrañas las mismas palabras que oye: «Esto es mi cuerpo entregado por ti». Y claro que el pequeño lo sabe y aprovecha esta ofrenda para desarrollar su propia vida en el seno de su madre. Hay que pensar también en esos que sufren cuando oyen estas palabras: los viudos («¿a quién está entregado ahora mi cuerpo?») o en los no han podido casarse. Los novios, al menos en Francia, escogen a menudo para la celebración de su matrimonio, el texto de la epístola a los Romanos que invita a los fieles a encontrar el camino de la ofrenda interior: «*Os exhorto, hermanos, por la ternura de Dios, a ofrecerle vuestra persona³¹ en sacrificio santo, capaz de complacer a Dios: para vosotros es la verdadera adoración*»³². Describen muy bien estas palabras el sacerdocio común, es decir,

³⁰ Desgraciadamente, esta fórmula de la liturgia (o de la Biblia, cf. Sal 49-50, 14: «*Ofrece a Dios sacrificio de alabanza*») no viene en nuestras predicaciones o catequesis. Alabanza y sacrificio son dos palabras que se han ido en direcciones distintas y que no sabemos ya utilizar conjuntamente. Sin embargo, sería muy útil aprender y enseñar a los jóvenes, como a todos los cristianos, que un sacrificio no es primero un sufrimiento sino una alabanza ofrecida a Dios.

³¹ En griego *ta sômata umôn*. ¿Por qué no guardar la expresión: «vuestrós cuerpos?»

³² Rm 12, 1.

la actitud sacrificial que han de vivir todos los discípulos de Cristo, tanto los fieles como los sacerdotes.

Quisiera, pues, llamar la atención sobre un término bíblico muy útil para presentar esa dimensión ascendente del sacerdocio. Se trata de una palabra que utiliza la epístola a los Hebreos: *homología*, que desgraciadamente se encuentra a veces traducida solamente por *religión* o *fe*³³. Acerquémonos de ella. Etimológicamente, *homología* significa decir (*logia*) lo mismo (*homo*). Describe la actitud interior de Cristo como la de un sacerdote que dice a Dios lo mismo que Él ha dicho a los hombres, es decir que les ama. Vuelve en dirección de Dios el amor que recibimos de Él. En la Vulgata, se ha traducido *homología* por *confesión*³⁴, y eso nos va bien, porque claro está que, en nuestro caso, el amor puro y perfecto que nos viene de Dios, sube volviendo hacia Él con la sombra de nuestros pecados y de nuestras traiciones.

La misma palabra se encuentra frecuentemente con el prefijo *ex*. Así, por ejemplo, en este versículo común a los evangelios según Mateo (11, 25) y Lucas (10, 21), donde se ha traducido por “*Te alabo* (en gr. *exhomologoumai*), *Padre, Señor del cielo y de la tierra...*”. En verdad, “alabar” no nos evoca la significación profunda que es la actitud sacerdotal de Cristo en este momento. Este verbo significa exactamente: “salir de sí [*ex*] para decir [*logia*] a Dios lo mismo [*homo*] que Él nos ha dicho. Nos indica un camino para hablar de manera nueva del sacramento de la penitencia y de la reconciliación. Precisamente, *exhomologèsis* es el término griego que ha sido utilizado durante siglos para designar este sacramento. Confesarse es seguir el camino espiritual que nos indica Jesús cuando, durante toda su vida, y fundamentalmente en el sacrificio de la cruz, presenta y ofrece su vida a su Padre³⁵.”

Pero el sacerdocio de Cristo, pensado en la lógica de la Encarnación se considera primero como descendente: «*Se despojó... se humilló*»³⁶. El Maestro y Señor quiso tomar el semblante del servidor, digamos incluso del esclavo, y pidió a sus discípulos que Le imitaran: “*¿Sabéis lo que os he hecho? (...) También vosotros debéis lavaros mutuamente los pies. Pues os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis tal como yo os hice*” (Jn 13, 12-15).

La segunda palabra evangélica que quiero presentar ahora es la que describe este “sacerdocio descendente”, en griego *eudokía*. Significa el amor que Dios da a los hombres a través de su Hijo único, en el cual ha puesto todo su amor. La acción sacerdotal de Cristo consiste en derramar la misericordia del Padre en los corazones de sus hijos. Y desde hace veinte siglos, la Iglesia continúa esa misión del único Sacerdote, ofreciendo a los hombres el amor que merecen y que el mundo no llega a darles. *Eudokía* es la palabra que utilizan los ángeles cuando cantan ante los pastores de Belén: “¡Gloria a Dios en las alturas! Y en la tierra

³³ Así, por ejemplo, en la edición española de la «Biblia de Jerusalén», 1992, leemos: «Considerad al Apóstol y Sumo sacerdote de nuestra **fe**, a Jesús, que es *fiel* al que le instituyó» (Heb 3, 1-2; en la BAC Maior de 1979: se lee en este lugar : “el Apóstol y Sumo sacerdote de nuestra **religión**”). La misma dificultad se encuentra (por lo menos en la traducción francesa) en la oración de consagración del nuevo sacerdote, después de la imposición de las manos.

³⁴ En el *Credo*, la encontramos también, cuando decimos: “Confieso -o reconocemos, en gr. *homologoumen*- un solo bautismo para el perdón de los pecados”, en latín: *Confiteor unum baptismum in remissionem peccatorum*.

³⁵ Adrienne von Speyr habla de “la actitud de confesión” (en alemán *Beichtehaltung*) como disposición interior permanente del cristiano, cf. *Die Beichte*, Johannes Verlag, Einsiedeln, 1960 o *La confession*, Lethielleux, 1981.

³⁶ Fil 2, 7-8.

paz a los hombres de la *eudokía*” (Lc 2, 14), es decir del amor de Dios que llega de manera definitiva y victoriosa a nuestro mundo.

También se encuentra esa palabra en los pasajes del Bautismo de Jesús o de su Transfiguración. A veces se traduce por “beneplácito” o por los verbos agradarse o complacerse (“*en él me agradé*” o “*en quien me complazco*”, Mt 3, 17 y 17, 5). En los versículos ya citados (Mt 11, 25 y Lc 10, 21), se encuentran justamente los dos términos *homología* y *eudokía*, y allí se traduce el segundo por “*esa fue tu voluntad*”. No es falso, pero tampoco es suficiente.

Se trata, más bien, del amor de Dios que viene al mundo como un torrente de bondad, una cascada de misericordia, por el misterio de la Encarnación que nos cura y nos salva. *Eudokía* es también la imagen del Buen Samaritano del que nos habla Jesús justo después de su explosión de alegría “*bajo la acción del Espíritu Santo*” y del *sí* -el único que encontramos en el Evangelio-, a la acción de Dios en este mundo : “*Sí, Padre, porque esa fue tu voluntad (eudokía)*”. Con la figura del Samaritano, nos describe ese gran viaje que hizo la *eudokía*, la misericordia, hacia nosotros para recogernos medio muertos al borde del camino, vendar nuestras heridas y llevarnos al albergue, esta casa donde se ocuparán bien de nosotros. «*¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!*», había dicho Jesús a sus discípulos justo antes de enseñarles esta parábola³⁷, ojos que precisamente ven la acción sacerdotal de Jesús en favor de nosotros.

La de la Iglesia se resume en la figura del posadero al cual Jesús confía el enfermo que acaba de recoger. A cada uno de nosotros, mostrándole su marido o su mujer, sus hijos, vecinos o colegas de trabajo, dice, como al posadero: “*Cúidalo; y lo que gastes de más, yo te lo abonaré cuando vuelva*”³⁸. Los servicios (ministerios) a desempeñar en la Iglesia para que prosiga este regalo de Dios ofrecido en la persona de Cristo son infinitos. Todos tienen lugar de existir; ninguno es superior a otro. Cada cristiano, a imagen del Señor, se da, se libra en un amor que va «*hasta el extremo*»³⁹. Esa misericordia se manifiesta en todos los lugares donde los discípulos de Cristo, por el Amor recibido de Dios, se presentan ante quienes piden ser amados y servidos. Para ello, hay que mantenerse cerca de Cristo, *en Cristo* «*que está en el seno del Padre*»⁴⁰. Ha venido para distribuir y compartir su misericordia en el mundo. Nosotros, sus discípulos, que somos «*otros Cristos*», tenemos por misión dejar que este amor alcance a todos aquéllos a los que está destinado. Es el sentido de la palabra «*economía*» en el Nuevo Testamento⁴¹.

Recuerdo a una Hija de la Caridad española que encontré en el extremo Sur de Madagascar y que cuidaba de niños enfermos de sarna y de lepra. Cuando le pregunté cómo había llegado a aquel lugar perdido, se puso a reír, contándome su historia y la de su ilustre familia toledana, antes de concluir: “*¡Así hace el Señor!*”. Ahí está la acción sacerdotal de la Iglesia. Nosotros nos unimos a los padres que dan la vida, a los cuidadores de los enfermos, a los visitantes de prisiones, a los catequistas, los capellanes, los responsables de los movimientos de jóvenes, o a los misioneros del Evangelio en la otra punta del mundo... Los hombres, especialmente los que sufren, merecen más amor del que el mundo les da.

³⁷ Lc 10, 23. 25-37.

³⁸ Lc 10,35.

³⁹ Jn 13, 1.

⁴⁰ Jn 1, 18.

⁴¹ o distribución, cf. Ef. 3, 9.

Los sacerdotes son, en medio del «pueblo santo», los que llevan a cabo la acción misma de Cristo, ofreciendo a cada uno de los bautizados la Palabra de Dios, el perdón de los pecados, el pan de vida.... Así cumplen la promesa de Jesús: “*Mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*” (Mt 28, 20). Permiten a todos tener «*el equipo*» necesario para realizar su misión⁴². Según la bonita expresión del P. Martelet, «el sacerdote es engendrador de engendradores»; define este ministerio primero por su dimensión pastoral⁴³.

El conjunto del texto de Efesios 4, 12-16 exige que se mire detenidamente en la perspectiva elegida de presentar el sacerdocio como movimiento descendente y ascendente. Es esclarecedor para el ejercicio de todos los ministerios, vistos en el seno del ministerio de Cristo. El que, en efecto, ha ascendido y descendido concede a cada uno el ser apóstol, profeta o evangelista, da a todos el equipo, la organización que necesitan “*los santos*” para desempeñar “*la obra del ministerio (en gr. diaconía)*”, con vistas al crecimiento y a la construcción del cuerpo en la unidad y en la caridad... *Diakonos*, aquí, es un término cristológico y no de organización, y designa claramente a Cristo. La diaconía es el fundamento (los cimientos) de la Iglesia. Ya lo hemos entendido con la aclaración del gesto del lavamiento de los pies⁴⁴.

La cuestión del sacerdocio común es la siguiente: buscar la manera de vivir el único sacerdocio de Cristo en mi estado de vida, en mi vocación propia. Todos conocemos y admiramos a Santa Teresita cuando busca su sitio en la Iglesia: “Siento en mí la vocación de sacerdote ¡Con qué amor, oh, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo! (...) Quisiera iluminar las almas como los Profetas, los Doctores, tengo la vocación de ser Apóstol... El martirio, he aquí el sueño de mi juventud (...) Quisiera ser flagelada y crucificada... ¡Oh mi Jesús!, a todas estas locuras, ¿qué vas a contestar?” Busca la Santa de Lisieux su manera de ofrecerse, de difundir el amor de Dios, de unirse, según su vocación y su llamada interna, a la acción del Único Sacerdote; eso es el sacerdocio común. Descubre por fin su sitio, leyendo los capítulos XII y XIII de la Primera Carta de san Pablo a los Corintios. “Entendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos no le faltaba; entendí que la Iglesia tenía un Corazón y que este corazón estaba ardiendo de amor.” Y concluye, en un delirio de alegría: “En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor... así seré todo... así mi sueño será realizado”⁴⁵.

Muchos grupos, hoy, reúnen seglares, casados o no, con sacerdotes y personas consagradas, donde todos se ayudan para vivir plenamente esa vocación común del pueblo sacerdotal. Si el Concilio ha presentado esa enseñanza del Nuevo Testamento, mostrando a los seglares cómo lo pueden vivir, no es una razón suficiente para olvidar o esconder todo lo que se había dicho antes sobre la espiritualidad sacerdotal. Pues, desde hace siglos, existe una reflexión muy rica en la tradición de la Iglesia sobre la vocación propia y el camino espiritual de los sacerdotes. Una vez que se ha definido teológicamente el sacerdocio ministerial, recordando que, en el ministerio que le confía la Iglesia, el sacerdote es Cristo mismo, Buen Pastor, tenemos que escuchar de nuevo a las figuras de la espiritualidad sacerdotal. Ya conocen ustedes estas grandes corrientes, por ejemplo de la tradición francesa, Pierre de

⁴² *katartismos*, Ef 4, 12, así traducido en la BAC Maior: “*para la perfecta organización de los santos*”. Esta palabra está en relación con *katèrtisménoien* 1 Cor 1, 10 donde se observa que está en juego conseguir la unidad en la Iglesia.

⁴³ Gustave Martelet, *2000 ans d’Eglise en question*, Cerf, 3 tomes, 1984-1990.

⁴⁴ Jn 13, 12...17.

⁴⁵ Carta a Hermana Marie du Sacré-Cœur, 8 sept 1896. *Manuscrits autobiographiques*, Office central de Lisieux, Livre de vie, 8, pp.224-6.

Bérulle (mantenerse en comunión con los estados interiores de Cristo), Francisco de Sales, Vicente de Paúl⁴⁶.

Me permitirán terminar con un ejemplo que viene de Lyon, el del Beato P. Antoine Chevrier, fundador del Prado, beatificado por el Papa Juan Pablo II durante su viaje apostólico a nuestra ciudad en 1986. Conocen ciertamente algunos de ustedes el cuadro de Saint Fons, que escribió o dibujó el P. Chevrier. El lema central de su pensamiento es la frase siguiente: *Sacerdos alter Christus*: el sacerdote es otro Cristo. Esa expresión fue criticada a veces, porque el sacerdote es Cristo mismo. ¡Cierto! Cuando celebramos el bautismo o la Eucaristía, cuando perdonamos los pecados o damos la unción a un enfermo, es Cristo mismo quien actúa en la vida de sus discípulos. Pero, como cualquier bautizado, el sacerdote tiene que seguir a Jesús de cerca en su vocación propia. Y el P. Chevrier indica a sus hermanos un camino maravilloso con las tres palabras sencillas y esenciales: el pesebre (con la pobreza), la cruz (con la muerte a sí mismo) y la Eucaristía (con la caridad). El sacerdote, dice, es «un hombre despojado», «un hombre crucificado» y «un hombre comido»⁴⁷.

*

En conclusión, para manifestar la posición clara de la teología católica recordaré la decisión personal que tomó el Papa Pablo VI, en 1973, con ocasión de la renovación del Rito del sacramento de la penitencia y de la reconciliación. Prefirió mantener las palabras *Ego te absolvo* para la absolución que las que contenían fórmulas deprecativas o declarativas y que existen en otras confesiones cristianas⁴⁸.

Me parece que en Vaticano II tenemos una síntesis equilibrada de todas las enseñanzas de la tradición de la Iglesia sobre este punto. He aquí lo que dice *Lumen Gentium* sobre los sacerdotes:

«...En virtud del sacramento del orden, «han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, sumo y eterno Sacerdote (cf. Hebr 5, 1-10; 7, 24; 9, 11-28), para predicar el Evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino. Participando en el grado propio de su ministerio, del oficio de único Mediador, Cristo (cf. 1 Tim 2, 5), anuncian a todos la divina palabra. Pero su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo en el culto o asamblea eucarística, donde obrando en nombre de Cristo (*in persona*

⁴⁶ Es lástima que se hayan olvidado tan rápidamente otros libros más recientes cómo las charlas del cardenal Mercier a sus seminaristas, donde les indica cuál puede ser el camino de su ofrenda interior (A mes séminaristes, ed. Dewit et Gabalda, 1908, 271p.) o la obra de Mgr Fulton Sheen: *El sacerdote no se pertenece* (*Le prêtre ne s'appartient pas*, ed. Salvator, 1965. 295p.), aparecida primero en inglés (ed. Mc Graw-Hill Book Company, New York) con el título *The Priest is not his own*. Su tema central es que el sacerdote tiene que ser víctima como Jesús. Tiene capítulos muy fuertes sobre la santidad, la pobreza, el cuerpo de Jesús y el cuerpo del sacerdote...

⁴⁷ Antoine Chevrier, *Le véritable disciple*, última edición francesa, Parole et Silence, 2010, 560p.

⁴⁸ Recorrer los textos litúrgicos de las otras iglesias o comunidades cristianas, sobre este punto de la acción sacramental, es muy interesante y permite comparar nuestras teologías del ministerio sacerdotal. La fórmula de la liturgia bizantina, tal como nos la da el CEC (n° 1481), es deprecativa. La que utilizan los luteranos, también lo es. Los Armenios tienen una expresión muy próxima de la nuestra: «Y yo, cómo sacerdote y conformemente al orden divino: “*Lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo*”, te absuelvo de todos tus pecados cometidos en pensamiento, palabra, obra y omisión, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Christi agentes), y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor (1 Cor 11, 26), el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber, el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre como hostia inmaculada (cf. Hebr 9, 11-28). Para con los fieles arrepentidos o enfermos desempeñan principalmente el ministerio de la reconciliación y del alivio, y presentan a Dios Padre las necesidades y súplicas de los fieles (cf. Hebr 5, 1-13). ...Acuérdense de que, con su conducta de cada día y con su solicitud, deben mostrar a fieles e infieles, a católicos y no católicos, la imagen del verdadero ministerio sacerdotal y pastoral, y de que están obligados a dar a todos el testimonio de verdad y de vida, y de que, como buenos pastores, han de buscar también a aquellos que, bautizados en la Iglesia católica, abandonaron la práctica de los sacramentos o incluso han perdido la fe»⁴⁹.

En medio de la Iglesia, nuestro ministerio manifiesta la presencia de Cristo, sumo sacerdote, que confía a todos sus discípulos la misión de continuar la obra de la redención (cf. Col 1, 24), misterio de las entrañas de un Dios Padre que se conmueve ante sus hijos y derrama todo su amor sobre la humanidad. Un amor, una misericordia que, en los textos de la Biblia, se nos revela como una pasión inconmensurable de Dios para el hombre.

*

Lunes, 26 de abril de 2010

⁴⁹ L.G., 28 fin; leer también P.O. 2.